

MEMORIA.

Viven en el corazón de los seres que amaron



Don Óscar Retto es uno de los principales impulsores para que los responsables políticos y militares del asesinato de su hijo y sus colegas también respondan ante la justicia.

El 26 de enero de 1983 ocho periodistas fueron asesinados en una gélida comunidad de la puna ayacuchana. La vorágine de violencia que entonces se extendía por el Perú envolvió de pronto a quienes se habían desplazado a Ayacucho para informar al país. Tres décadas después los familiares de aquellos “Mártires del periodismo” mitigan su dolor recordando con ternura a sus seres queridos.

Nilton Torres Varillas

Él y ella. Abrazados. Manos entrelazadas. Besos furtivos. Él sonriente y feliz, ella tímida y también feliz. Sentados en una banca. Bailando en una fiesta. Juntos, siempre juntos. Y abrazaditos, siempre agarraditos.

—No tienen vergüenza de estar acariciándose y abrazándose a cada rato, reclamaba la madre de ella.

—Es que amo a tu hija —respondía él.

Amoroso. Así lo recuerda ella a él.

Así recuerda Eudosia Reynoso al gran amor de su vida, Félix Gavilán.

“Un gran amor nunca muere”, dice ella treinta años después de que la violencia le arrebatara a Félix de sus brazos. Treinta años de dolor pero también de eterna presencia porque para ella Félix nunca se fue.

El 26 de enero de 1983 Félix Gavilán fue asesinado en la helada puna ayacuchana, en un lugar cuyo nombre evoca indignación: Uchuraccay.

No murió solo, lo hizo junto con otros siete periodistas: Eduardo de la Piniella, Jorge Luis Mendivil, Willy Retto, Pedro Sánchez, Jorge Sedano, Amador García, Octavio Infante y los comuneros Juan Argumedo y Severino Huáscar.

Sus esposas, madres, padres, hijos e hijas que les sobreviven los llevan siempre consigo y no solo en el recuerdo sino en el día a día.

La llamaba “Amor”

Los ojos de Eudosia Reynoso se humedecen pero la sonrisa no se borra al evocar los momentos que pasó junto a Félix. Recuerda sus engreimientos, lo amoroso que era y que nunca la llamaba por su nombre, la llamaba “Amor”. Lo evoca sentada en el sillón de su casa, esa casa que le dieron como resarcimiento por la muerte de su esposo, y en la que hoy vive con sus tres hijos –Ive, Lidya y Joel Félix– y sus nietos.

Ive y Lidya tenían 8 y 5 años –respectivamente– cuando Félix murió, y dicen no recordar mucho de su padre. Flashes, imágenes fugaces, pero sí que el recuerdo siempre es agradable.

Eudosia dice que Ive era la “secretaria” de su marido. Que allí donde iba él, la niña mayor iba detrás, alcanzándole sus cosas. Lidya era la “mamá”. Siempre atenta a corregir a su padre, sobre todo cuando este la molestaba. Hay un detalle que Lidya dice recordar con claridad: la forma en que sus padres se querían.

“Nunca he visto una mujer más enamorada que mi madre. Es increíble el amor que aún le tiene a mi papá”, atina a decir.

Eudosia repite en más de una ocasión que su marido fue un profesional honesto y solidario, abocado a ayudar a quien lo necesitara. Era ingeniero agrónomo, pero el periodismo lo ganó.

El tributo más grande que Eudosia dice poder ofrecer a su marido es la biografía que acaba de terminar. Un trabajo que le ha tomado una década y que ha significado un esfuerzo emocional muy grande. Escribía unas cosas, lo recordaba, lloraba y lo dejaba. Y así, una y otra vez, hasta el párrafo final.

El libro testimonial resume su vida junto a Félix Gavilán y los últimos treinta años dedicados a buscar justicia por lo que le pasó a su marido.

Compositor y periodista

A Jorge Luis Mendivil Trelles le gustaba componer canciones cuyas letras invocaban a levantarse contra las injusticias.

“En este mundo tan dormido no hay fraternidad, vivimos como extraños. Tienes que arriesgar, hazlo por tu hermano. Tienes que arriesgar, hazlo sin temor...”.

Rosa María, su hermana, entona la composición y dice que Jorge Luis escribía bien pero no sabía cantar.

Rosa María es una de cinco hermanos que sobreviven a Jorge Luis. Ella es la que por edad –se llevaban un año– estuvo más cerca del redactor del diario El Observador, y quien pudo compartir con él no solo los últimos tres años de la secundaria, sino también esa misma afición por la música.

Rosa María y Jorge Luis pertenecían al mismo grupo parroquial de Salamanca. Les gustaba participar en concursos musicales. Poco importaba si ganaban, lo que querían era salir al escenario. La música los unió. Rosa María conserva los casetes de su hermano con temas de Inti-Illimani y Alberto Cortez.

Hoy, en la casa de la familia Mendivil Trelles la presencia de Jorge Luis es cotidiana. En una pared de la sala cuelga un retrato en el que Jorge Luis aparece con camisa blanca, casaca marrón y su inconfundible peinado con raya al costado. Rosa María dice que desde allí sienten que Jorge Luis los observa y participa con ellos en todas las reuniones familiares que allí se celebran. La más importante es el 20 de octubre, el día de su cumpleaños.

Un lonchecito, bizcochos y café. A veces un vinito. Lo que importa es estar allí, con él, celebrando su nacimiento, celebrando su vida. Como siempre lo harán.

Mi padre, el héroe

Alicia Retto no tiene reparos en afirmar categóricamente que su padre, el reportero gráfico Willy Retto, es un “héroe” que en el momento de enfrentar la muerte optó por hacer fotografías y registrar, sin saberlo, los últimos minutos de su vida y la de sus compañeros. Para ella, este fue un acto de valentía. Y lo afirma teniendo como testigos a su abuelo, el también reportero gráfico Óscar Retto, y a su propio padre, presente en el salón familiar desde el pedestal en el que reposa un busto que representa fidedignamente su estampa.

Alicia nació tres meses después de la muerte de su padre y lo que sabe de él como hijo y hermano, lo conoce a través de su familia. Es por ellos que sabe que Willy era alegre, divertido, carismático, buen amigo y amante de su profesión.

“Una lástima que Dios no me permitió crecer a su lado. Seguro que hubiéramos sido grandes amigos y colegas”, dice Alicia, periodista y conductora de uno de los informativos de ATV.

Óscar Retto y su hijo tenían una relación muy cercana, que se estrechó aún más por la coincidencia en el oficio. Aunque no siempre su vocación fue la periodística. Willy primero quiso ser cura, estudió psicología pero su pasión fue la fotografía.

El rasgo más característico de Willy, según su padre, era su generosidad.

Una tarde, en un estadio, cubriendo un partido de fútbol.

–Viejo, préstame un rollito (de fotos).

–Pero si eres mi competencia.

–Ya pues, viejo...

–Toma pues.

Willy sale corriendo y le pasa la voz a un fotógrafo que lo espera en una esquina.

–Oye, hermano, aquí está el rollo que te ofrecí.

Ese era Willy.

De tal padre, tal hijo

En la fotografía, en blanco y negro, Eduardo de la Piniella Palao, cabello rizado y profuso bigote, abraza cariñosamente a su adorado Gonzalo.

En la sala de su casa de Miraflores, Gonzalo repite la misma escena abrazando a su hijo y jugueteando con él.

Treinta años han pasado entre la fotografía y el instante de intimidad que hoy comparten Gonzalo y su hijo, pero el cariño es idéntico.

Gonzalo de la Piniella dice que el amor que le tenía a su padre es el mismo que ahora siente por su hijo Eduardo. Por eso comparte con intensidad cada instante al lado del pequeño. De este modo replica la misma pasión que ambos sentían por la vida y por el fútbol.

Gonzalo tenía siete años cuando murió Eduardo de la Piniella y sus recuerdos son vívidos.

“Mi papá era un gran tipo. Bromista, pero sobre todo incapaz de quedarse impávido frente a las injusticias. Era un hombre de izquierdas y la gente lo recuerda con cariño. Eso me llena de satisfacción”, dice.

Si hay un momento en el que Gonzalo se deja abatir por la nostalgia es cuando juega a la pelota con el pequeño Eduardo. Es en esas ocasiones cuando más se acuerda de su padre, pero rápidamente, dice, aleja la tristeza pensando que su padre está allí, a su lado, observándolo.

“Cuando nos juntamos con mis tíos, mi madre y mi hermana (Pamela), siempre sale mi padre en la conversación. Mis tíos me cuentan que era picón cuando jugaba al fútbol, que no le gustaba perder. Y mi madre cuenta que mi papá era tan guapo, que incluso delante de ella las chicas lo coqueteaban y que él, así grandote como era, se ponía rojo de vergüenza”.

Gonzalo sonríe al evocar estos recuerdos y su hijo lo abraza en silencio. La historia se repite.

Aún esperan la verdad

Los familiares de los periodistas asesinados en Uchuraccay están convencidos de que no solo fueron tres campesinos (condenados en 1987) los responsables de la matanza. Ellos creen que también están involucradas autoridades políticas y militares de aquel entonces. No les dan mayor crédito a las conclusiones de la investigación realizada por la llamada Comisión Vargas Llosa. Como se recuerda, esta determinó en su momento que los únicos responsables fueron los comuneros debido a su ignorancia y aislamiento del resto de la sociedad peruana. Los deudos han llevado el caso a la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, instancia que la declaró admisible en 2010, debido a la “presunta violación” de los derechos a la vida, la libertad de expresión y la protección judicial, derechos establecidos en la Convención Americana sobre Derechos Humanos, de la que el Perú es estado parte.

El dato

Lo que dijo la CVR. La Comisión de la Verdad y Reconciliación también se ocupó del caso Uchuraccay. En su informe final no constató las versiones de la presencia militar entre los comuneros de Uchuraccay, pero sí señaló que estos fueron alentados por las fuerzas armadas para que usaran la violencia, “tomaran la justicia por sus propias manos y que mataran a “todo extraño que llegara a pie” a sus poblados.